



feccion, á fin que los adversarios no los pudiesen quemar ni tampoco herir á quien los guiase, como de todo harémos alguna relacion en los treinta capítulos del cuarto libro.

CAPITULO XXXVI.

De las enemistades que sucedieron entre los vecinos del puerto de Menesteo con los cartagineses sobre lo que hicieron en Cádiz, y de los grandes males que los unos y los otros en aquel negocio padecieron.

A nadie pudo bien parecer la demasia que los cartagineses hicieron en Cádiz, tan sin razon y tan presto; mas entre todos los que principalmente lo miraron y sintieron fueron los del Puerto de Santa Maria, que llamaban en aquellos tiempos de Menesteo, como personas que desde los principios de su fundacion tenian puestas ligas y trabado parentesco con los de Cádiz, y tambien porque siendo este puerto la poblacion más junta con Cádiz de todas las del Andalucía, por lo ménos de las que fueron estimadas en algo, no les podia redundar algun bien del daño de la isla, ni de cualesquier forzadores ó tiranos que por ella quedasen. Esta fué causa para se recelar cada dia más de los cartagineses, procurando dañarles en algo de lo que podian, no permitiendo jamas que ni los tales ni cosa suya tuviesen participacion en su pueblo. Sucedió poco de pues, que procediendo las cosas destas dos gentes en la disimulacion y rencor sobredicho, no rotas de todo punto, ni léjos tampoco de rompimiento, tentaron los cartagineses otra novedad con que no pudieron excusar de venir á las armas muy presto, lo cual fué desta manera. Ya dijimos en algunas partes desta crónica pasada, cómo por aquellos tiempos antiguos el rio Guadalquivir traia su corriente diversa de la de agora, dividiéndose primero que sus aguas lleguen á la mar en dos brazos bien espaciosos, dentro de los cuales quedaba cierta isla, muy señalada por todos los autores cosmógraphos que hablan deste rio. Tambien escribimos en los treinta capítulos del primer libro, que cuando Menesteo, capitán griego, vino en España, despues de haber poblado sobre la costa del mar Océano la villa deste mesmo puerto de Menesteo, que llaman agora de Santa Maria, pasó más adelante para labrar un oratorio dentro de la isla de Guadalquivir, en que hizo sacrificios á sus ídolos, segun el estilo que la gentilidad en tales casos acostumbraba. Pocos años despues los vecinos del Puerto, con otros andaluces comarcanos á la isla, fundaron tambien allí una ermita de mucha devocion, como ya lo dijimos,

la cual en estos dias cuando los cartagineses vinieron estaba muy acrecentada con edificios y riquezas y con todo cualquier otro buen adorno, mediante las dádivas y limosnas que todas las gentes comarcanas allí traian; y los vecinos del Puerto sobredicho la conservaron y favorecieron continuamente por ser cosa del príncipe Menesteo, fundador y principiador de su pueblo. En ésta pusieron ojo los cartagineses despues de ganado lo de Cádiz, conociendo ser estancia muy conveniente para las entradas y contratacion del rio sobredicho de Guadalquivir, y propusieron de la tomar so color de venir allí tambien ellos muy aficionados y devotos á sus plegarias y sacrificios como las otras gentes, y lanzar fuera della si pudiesen á estos del Puerto, que como digo la tenian á su cargo, defensa y administracion, así los dias presentes como los dias de los fenices y de todas las otras naciones extrañas que primero vinieron en España, sin que nadie jamas tentase de quitarles aquella posesion. Mas como llegado este tiempo (de quien al presente hablamos), todos anduvieron alterados y revueltos unos con otros despues de pasado lo de Cádiz, los del Puerto por ninguna vía consentian á persona de Cartago la venida ni comunicacion de cosa que les tocasse, ni que llegasen al oráculo para sacrificar como lo permitian á las otras gentes.

De aquí comenzaron á quejarse los cartagineses, y tomar ocasion para levantar bullicios y pependencias contra los del Puerto, disfamándolos por sacrílegos abominables, enemigos de los dioses inmortales y de toda su divinidad, pues vedaban que los hombres encomendasen á ellos sus deseos, y quitaban el provecho que de las plegarias y sacrificios redundaban en sus templos. Muchas otras palabras escandalosas decian los cartagineses para mover la gente simple, sobre lo cual replicaban los del Puerto, declarando los engaños y dobleces con que sus enemigos aquello decian. Trataban otrosí con muchos andaluces de su frontera, que dejasen el amistad cartaginesa, pues era traicion cuantas buenas obras y halagos de allí procedian, aferrados en falsedad encubierta, segun que con los de Cádiz habian declarado. Con esto negociaban sus hechos tanto bien, que notoriamente dañaban á los contrarios cuanto más iban, y siempre les dañaran mucho más, si los cartagineses, ante que los negocios fuesen adelante, no rompieran la guerra de todo punto. Pero como Cartago tenía gran provision de navios y fustas ligeras y de mucha gente que recogian á sueldo, no salian los del Puerto un solo paso por el agua



que luégo no daban en ellos, y los robaban, ó mataban, ó llevaban cautivos; tampoco permitian que navios de ningun otro lugar llegasen á la villa con provisiones ni contratacion de que les pudiesen venir provecho, y aun dentro de la tierra les daban mala vida, con celadas que ponian diversas veces por los resquicios y calas de la ribera, donde salian al traves y les robaban ganados y personas cuantas en el campo hallasen, quemándoles eso mesmo las caserías y cortijos, sin perdonar á nadie. En todos aquellos trabajos no se mostraban perezosos ni flacos los vecinos del Puerto, ántes, viéndose rodeados de tales adversarios y que la guerra se les hacia con toda crueldad, traian su gente muy ordenada, repartida por el término contra las partes y sitios que convenia; sus bateas y barcas, dado que no fuesen muchas, andaban muy armadas, y sobre todo con aviso tan despierto que muchas veces traian victorias asaz importantes; en las cuales nunca les vino cartagines á las manos que luégo no fuesen despedazado. Desto holgaban en gran manera los otros andaluces que no se llegaban á la confederacion cartaginesa; pero más que nadie los naturales antiguos de la isla de Cádiz, cuando sabian que los del Puerto prevalecian por el parentesco sobredicho que con ellos tuvieron, del cual siempre se preciaban, y bien quisieran ellos tener libertad para les ayudar si pudieran. Daban otrosí gran favor á los del Puerto sobre todos aquellos hechos los vecinos de Carteya, que como dijimos estaba sobre la boca del Estrecho; la cual ya por estos dias más comunmente llamaban las gentes Tarteso, por la causa que declaramos en los veinte capítulos pasados, segun que tambien la llamaremos muchas veces en la escritura siguiente. Y como los carteyos fuesen maravillosos navegantes y muy sabios y experimentados en el trato del agua, desde que los focenses de Yonia se avecindaron entre ellos, sabian muy bien hacer espaldas á los del Puerto, con sus navios ocupaban y defendian toda la boca del Estrecho, y cualesquier otros pasos de que los cartagineses pudiesen haber algun provecho. Entre las otras cosas importantes que sobre tal caso hicieron, fué tomar y destruir el estancia vieja que los fenices tuvieron allí cerca cuando los tiempos de su prosperidad; la cual estancia juntamente con las otras de la costa fueron entregadas á estos cartagineses luégo como vinieron en su favor para en rehenes y seguridad.

Esta ya dijimos caer en aquella parte donde tuvieron los andaluces el primer templo con la sepultura de su dios Hércules Egyptia-

no, que segun queda ya puesto, por aquellos dias era casa fuerte de contratacion á manera de depósito, donde los tales cartagineses y primero los fenices recogian mucha parte de sus riquezas, la cual estancia, como cayese junto con la poblacion y morada de los tartesios andaluces, dieron una noche sobre ellos combatiéndola tan furiosamente por diversas partes, que la pudieron entrar con poca pérdida de sus gentes y mucha de los contrarios; aunque los hallaron bien apercebidos, y tomando gran despojo de metales, armas, ropas y herramientas para diversos oficios, con todos los géneros de riquezas semejantes, habiendo robado lo que dentro tenian le pusieron fuego y derrocaron mucha parte de las paredes mayores, cuanto bastó para que los enemigos no pudiesen tornar allí, ni ponerse tan vecinos. Viendo los cartagineses aquella resistencia que toda la parcialidad andaluza les hacia, y que todo procedia de la gran ocasion que daban á ello los del Puerto, quisieran hacer ellos mucho mayor escarmiento que hicieron en los de Cádiz, asolándolos de todo punto para que no durase la memoria suya ni de su lugar, ni de donde hubiese sido fundado; sino pudiesen hacer esto, determinaban espantarlos de tal manera, que tuviesen por gran bien venir á su mandamiento sin jamas salir dél, para lo cual tornaron á juntar de nuevo todo su poder y de sus valedores cuantos acá tenian, con el mayor alboroto que nunca hicieron en aquellas partes.

CAPÍTULO XXXVII.

Cómo queriendo pelear los españoles vecinos del Puerto con la gente cartaginesa, fueron tratadas amistades entre los unos y los otros, y capituladas condiciones y posturas importantes, pertenecientes á la quietud y sosiego de todos.

Como aquello fué puesto en obra y los vecinos del Puerto sintieron el ruido, las armas y los bullicios de toda su provision, con el estruendo de la gente que se llegaba, luégo tambien ellos y sus aficionados se pusieron á punto de guerra como si de nuevo comenzáran, juntando gente andaluza consigo, de la que conocian estar fuera de la parcialidad cartaginesa. Mas algunos galos célticos que vinieron á la fama de la guerra con éstos, y con el mejor aparejo que pudieron salieron á los contrarios que ya llegaban á vista del pueblo determinados á darles batalla; pero los cartagineses, considerado su denuedo y de sus ayudadores, y cuán á punto venian, estando ya para romper las haces, comenzaron á salir al-



gunas personas en ambas partes, por tentar si hallarian algun medio de concierto para vedar aquellos daños y derramamiento de sangre que se recreceria. Pusieron en esto tan buena diligencia, que como cada cual de las partes lo desease mucho, luego trataron treguas por algunas horas, para que durante aquellas, en su comedio la gente pudiese reposar, y si venian algunos encendidos y furiosos, sosegasen y se les pasase la turbacion; porque tal fué siempre la propiedad y naturaleza del tiempo, que ablanda y deshace todos los enojos, y nunca pasion hubo tan fuerte ni trabajosa que dándole vagar, el espacio del tiempo no la feneciera, deshaga y asiente, como pareció claro por aquel trance de los cartagineses con los del Puerto, los cuales, pasadas aquellas pocas horas de las treguas, luego platicaron la paz por algunos otros dias, y fenecidos éstos, concertaron el amistad entre todos con mucha seguridad, capitulando principalmente que los del Puerto con sus amigos los de Tarifa, pudiesen venir y pasar en la isla de Cádiz con mercaderías y tratos, y discurriesen por la mar sin embargo de nadie.

Todos los prisioneros de las partes ambas, fuesen restituidos en conformidad sin algun rescate ni recompensa, ni mirando cuáles dellos fuese mayor número. Item, que los unos y los otros pudiesen vivir en sus ordenanzas y costumbres, conservando su libertad como siempre, sin que por esta nueva liga fuesen obligados á darse, ni favorecerse con gente ni mantenimientos, ni con otra cosa, si de buena cortesía no lo quisiesen hacer; pero que los cartagineses poseyesen acá todas sus villas y puertos, y torres y cortijos cuantas los fenices en aquella costa les habian entregado, libres y pacíficas, sin contradiccion de los del Puerto, ni de cualquier otra gente su parcial, sino fuese la casa de contratacion en la boca del Estrecho, que los tartesios de Tarifa les hubieron derrocado pocos dias ántes, la cual aceptaron que no pudiesen renovar ni hacerla, por el perjuicio que podia redundar á los tartesios. Y dado que los cartagineses sintieron esto postrero más que lo restante, no lo dieron á sentir, y pasaron por ello hasta pacificar sus propósitos, aunque con intencion de vengarlos si pudiesen. Por dejar el negocio más firme fué concertado, que todos en general olvidasen con juramento solemne las injurias y daños pasados, sin haber alguna memoria de rencor ni de satisfaccion, quedando tan sin acuerdo, como si nunca pasáran en el mundo. Fenecidos aquellos capítulos, el dia siguiente salieron al campo todos ellos muy satisfechos

y muy alegres, con ramos de olivas en las manos, á la usanza de la gente griega, cuyos sucesores y descendientes eran estos andaluces del Puerto, como ya lo vimos en los cuarenta y dos capítulos del primer libro, como tales mantenian todavía las leyes y costumbres y lengua de Grecia, que sus antepasados dejaron á ellos, y á los andaluces que con ellos se mezclaron. Así que llegados á la ribera de cierto rio que viene por allí, para se meter en el mar Océano, junto con el mismo Puerto, hicieron sus plegarias y sacrificios, y se perdonaron y pusieron en concordia, jurando que jamas alguno dellos, así cartagineses como griego, ni ménos español de los que por allí residian, tendrian memoria de las injurias pasadas, para que por ello se dañasen ó hiciesen algun mal, en recordacion de lo cual, los del Puerto levantaron un mármol ó pedron sobre la ribera del mismo rio, que permaneció muchos años con letras griegas antiguas, esculpidas en él, que declaraban este negocio con toda su memoria. Poco despues hicieron tambien allí cierta poblacion arrabal del mismo Puerto, por el otro lado del agua que, llamaron Amasia, segun escribe maestro Estéban Arnalte, barcelones, en el prólogo del volumen ó libro, que trasladó de arábigo en latin, de los relojes de sol que en este mesmo lugarejo de Amasia compuso Hali Alcatin, astrólogo muy afamado, puesto que yo jamas tengo leído pueblo español de tal apellido, y creo cierto que debe tambien allí pasar la letra dañada por culpa de los escribientes, y que en lugar de Amasia debiera decir Amnistia, porque los griegos llaman así los olvidos de los daños y trabajos cuando se remedian, á cuyo respeto debieron hacer ellos este lugar. El rio tambien donde se juraron aquellos conciertos, fué llamado despues el rio Lethes, que quiere decir en griego agua del olvido, hasta nuestros dias, en que los naturales de la tierra por donde pasa le dicen Guadalete, conformándose con la habla de los alárabes y moros africanos, que cuando señorearon aquella comarca, como veremos en la postrera parte desta gran obra, le conservaron el nombre de Guadalete, porque Guidil en su habla ó Guadal, segun nosotros los españoles lo pronunciamos corruptamente, quiere decir rio; así que Guadalete es tanto en aquella lengua, como el rio de Late ó del olvido, porque allí se olvidaron estos rencores entre las dos gentes arriba dichas.

Otro rio del mismo nombre, dado que por causa diversa, tuvieron despues los gallegos en su tierra, como presto lo veremos en los treinta y siete capítulos del tercero libro. Sale



Guadalete de la serranía de Ronda, que tambien es un ramo de los montes Orospeadas, y vienen sus aguas por la villa de Arcos y por la de Jerez de la Frontera, hasta que se lanza en el mar Océano, junto con la parte del Puerto que tenemos escrito, donde las tales amistades se trataron, llevando su corriente guiada sobre la vuelta de Mediodía, torcida siempre contra Poniente.

Destá manera fueron sosegados aquellos bullicios y debates, con que toda la gente de la comarca creyó que los cartagineses reposarian algunos dias y no tratarian negociacion alguna, pues á la verdad las compañías de su gente que por aquel tiempo mantenian acá, fueron bien menester para conservacion y seguridad de los lugares y de las estancias que tenian usurpadas en la costa sin ocuparlas en otro negocio.

CAPÍTULO XXXVIII.

Cómo los cartagineses que residian en el Andalucía pidieron más número de gentes á la Señoría de Cartago para penetrar y pasar en España, y de los impedimentos que la Señoría tuvo para no lo poder efectuar.

Fenecidos estos debates en la manera que tenemos escrito, luego los capitanes cartagineses despacharon desde Cádiz mensajeros á su ciudad de Cartago con relacion abundante de cuanto en España les habia sucedido y de lo hecho en favor y tambien en perjuicio de los de Cádiz. Informaron otrosí, cuán apoderados quedaban entre los bastulos andaluces que poseian toda la marina; los cuales pacíficamente los tenian entre sí, dejándose regir por ellos, y les habian permitido hacer torres y fortalecer lugares en su ribera sin escrupulo ni recelo alguno, donde poseian eso mesmo todas las estancias que los fenices primero tenian, que fueron siempre muchas y de muy buen asiento. Por tanto, que la Señoría cartaginesa proveyese luego de más gentes y más armas con que pasasen adelante, pues en otra manera no podrian comenzar alguna cosa contra las provincias de los andaluces y turdetanos, naciones poderosas y que tenian abundancia de gentes.

A la sazón que los mensajeros llegaron en Africa con esta demanda, hallaron á sus cartagineses muy ocupados en bastecer una flota para renovar cierta guerra que los años pasados, ántes que viniese gente suya en el Andalucía, habian emprendido contra la isla de Cerdeña, donde los negocios los habian sucedido tan mal, que despues de gastados cuatro años

en el trabajo y conquista de la isla, los Sardos les vencieron dos batallas campales una tras otra, matándoles multitud de gente.

Y puesto que los capitanes cartagineses hicieron allí su deber muy por el cabo, señaladamente su general nomado Macheo ó Maceo, segun nuestras crónicas españolas lo llaman: pero la Señoría cartaginesa, creyendo que toda la culpa del vencimiento fuese por la falta de los capitanes, tomaron tal enojo, que dieron por traidores á Macheo, con cuantos salieron vivos de las batallas, así capitanes como no capitanes, desterrándolos perpétuamente de Africa, y de toda su jurisdiccion. Tuvo desto grande sentimiento Macheo con lo restante del ejército, tanto, que metidos en sus navíos, enderezaron contra Cartago. Venidos allí, le pusieron cerca por todas partes, y finalmente la combatieron, y tomaron á pura fuerza, metiendo á cuchillo mucha parte de los que la moraban, señaladamente cuantos pudieron haber de los que se les mostraron más contrarios. Esto, como dije, fué pocos años ántes que los de Cádiz y sus fenices les pidiesen ayuda contra los andaluces españoles, y tambien poco despues de la muerte de Argantonio, casi en los postreros tiempos de Ciro, rey de Persia. Despues de lo cual, como Macheo tuviese tiranizada claramente la ciudad de Cartago, quitándole toda su libertad, y haciéndose rey absoluto della, fué muerto por algunos ciudadanos; y luego con voluntad de toda la república, tomó cargo de capitan general un otro caballero nombrado Magon, persona de mucha fidelidad y suficiencia, en cuyo tiempo bastecian los cartagineses la flota que dije, para tornar á la pendencia de Cerdeña, cuando los mensajeros de España les vinieron á pedir gente nueva para proseguir la conquista del Andalucía. Pero ninguna destas dos cosas tuvo lugar para se proveer aquella vez, porque los africanos de la comarca cercanos á la gran Cartago, se le comenzaron á revelar, y fué necesario, pospuestas las otras empresas, que Magon se parase á la resistencia. Y así fueron respondidos los mensajeros con mostrarles aquella necesidad presente, certificándoles que ningun otro hecho menor pudiera bastar, para que luego no se aprovechára lo que pedian, pues era manifesto á todos los capitanes cartagineses cuantos en España residian, que jamas aquella Señoría deseó tanto como hallar ocasion ó buen aparejo, tal cual ellos decian tener al presente, para se meter en España cuanto fuese posible, como podrian conocer de las instrucciones y memoriales que trajeron cuando los enviaron acá; pero que fenecidos



aquellos trabajos y movimientos, como creían podellos presto concluir, prometían proveer en esto con tal pujanza, que nadie bastase para resistirles, y que lo tal no tendría falta si los dioses inmortales no les acababan su ciudad y su poder, arrepentidos de la buena fortuna con que siempre les había favorecido. Y así fué, que luego como Magon comenzó la resistencia de los africanos, hizo cosas notables en la prosecución della, proveyendo remedios á muchas turbaciones que recrecieron, las cuales no se ponen aquí, por no tocar ni pertenecer á los hechos españoles. Fenecidos algunos años, este Magon murió, dejando dos hijos de buena edad, el menor llamado Amílcar, y el mayor Asdrúbal, que salió mucho notable persona, tal, que buenamente pudo suceder en el cargo de su padre. Éste prosiguió la guerra contra los africanos rebelados, y pasó con ellos recuentros y batallas asaz peligrosas, de quien tampoco hablarémos aquí más de ser cierto, que fueron causa bastante para que la Señoría cartaginesa no pudiese despachar en su tiempo gentes ni flotas para favorecer las que primero tenían en España; y si gente dellos acá vino por aquellos comedios, como cierto vino, fueron mercaderes y negociadores, que pasaban á sus aventuras y riesgo particular, para llevar los metales y pedrería preciosa que pudiesen, á trueco de los otros atavíos que traían de Cartago, pacífica y amigablemente, y no por otra manera ni respeto.

CAPÍTULO XXXIX.

De la grande confederacion que los andaluces asentaron con los cartagineses africanos residentes entre ellos, y del provecho crecido que resultó de la tal amistad entre los unos y los otros.

Visto por los capitanes y gente de guerra cartaginesa residentes en el Andalucía, los grandes impedimentos que tan á la continua sucedían en Africa, para poder ellos efectuar sus conquistas en España, determinaron de probar con los andaluces turdetanos lo mismo que trataron con los del puerto de Menesteo, procurando con disimulaciones y cautelas metérseles en la tierra; para lo cual comenzaron á negociar nuevas amistades con ellos, mostrándoles afición, y haciendo gran cortesía por todos los que dellos tomaban entre sí, con tantas dulzuras y halagos, que nadie se podía librar del engaño; asegurándolas por todas las vías posibles para que perudiesen temor y sospecha si tenían alguna, de recelar que por parte dellos recreceria turbación ó perjuicio de su

provincia. Y puesto que cuando principiaron estos negocios, hallaron esquividad en algunos andaluces turdetanos, porfiaron tanto su demanda, que finalmente los tomaron entre sí, poniendo con ellos amistades y ligas muy solemnes y muy juradas, no teniendo consideración á los daños y destrucciones que por aquel mismo camino vinieron en Cádiz, puesto que con estos Turdetanos andaluces, aunque mucho tiempo trataron y perseveraron los cartagineses, nunca les acometían desafueros ni demasías manifiestas, como hicieron á los otros, ántes con halagos y blanduras les usurpaban cada día la comarca, tan sin sentirlo, que nunca los andaluces turdetanos les mandaron cosa que no lo hiciesen, por mandarlos ellos despues en las cosas de más importancia. Hecha la tal amistad con los turdetanos, fué fácil hacer otra semejante con los andaluces llamados turdulos, comarcanos á éstos; los cuales en todos sus hechos imitaban siempre la costumbre de los turdetanos, y se regían por sus leyes, y por toda la manera de su vivienda.

Con esta nueva liga, los negocios tocantes á la isla de Cádiz y toda su parcialidad, quedaron totalmente sin esperanza de libertad; porque si remedio pretendían ellos en aquel tiempo para salir de la sujeción de estos cartagineses, era procurar en escondido favor y socorro de aquellos andaluces turdulos y turdetanos, ofreciéndoles toda su tierra, haciendas y posibilidad, y tentando con ellos tan gran confederación, cuantas fueron las enemistades pasadas en los tiempos de los fenices. Mas como cesasen aquellos negocios por haberse anticipado los cartagineses á lo mismo, la república de Cádiz, como digo, quedó sujeta y opresa de todo punto, por tal arte, que desconfiados de poderse más valer, no procuraban otra cosa sino los negocios de su navegación, labrando galeazas y fustas crecidas para traer provisiones y mercaderías de unas partes á otras, sin pensamiento de procurar señorío, ni trabar empresas mayores semejantes á las de los años pasados. Para los cuales tratos estos cartagineses les daban libre lugar y soltura muy descansadamente; y ellos se fueron tanto metiendo y cebando en aquello, que comenzaron á ser maravillosos navegadores, sin jamas procurar otros ejercicios, quedando todavía su isla con toda su república juntamente con cuanto primero poseían en bajo de la administración cartaginesa y de sus leyes y gobernadores, aunque con sujeción moderada, fuera de todos tributos y pesadumbres, tal, que si los cartagineses no fueran tan principales en el gobierno y consultas de lo que convenia proveer, en



todo lo demas tenían los de Cádiz libertad abundante, con mucho buen tratamiento para cuanto quisiesen obrar.

CAPÍTULO LX.

De los infortunios y desastres que sucedieron en el Andalucía poco despues deste tiempo, los cuales fueron causa que los marsellanos de Francia ganasen acá tanta riqueza de metales y de plata, que comenzaron á ser bien fortunados y mejoraron crecidamente su república.

En aquel estado y tenor perseveraron algunos años los negocios del Andalucía, llevando siempre los cartagineses adelante sus amistades con los turdetanos y turdulos, y recogiendo con esta color todos los bienes de la tierra que hallaban con mayor sagacidad y sotileza que los fenices ni los de Cádiz hubieron hecho los tiempos pasados, y áun con mucho mayor interese, por estar más dentro de las provincias, y poder aprovecharse de mineros preciosísimos que continuo hallaban cuanto más adentro se metían. En aquel intervalo de dias recudieron por España tiempos trabajosos y de fatigas, con mortandades y hambres, en que por falta de lluvias la tierra crió pocos mantenimientos, particularmente los años posteriores de todo esto, que fueron quinientos cabales ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en que con las adversidades arriba dichas, hubo grandes terremotos en toda la costa del mar, donde suelen ser más continos que por otras partes, como lo declaran los filósofos naturales. Y fueron tan espantosos aquellos temblores, que muchas casas y cercos de pueblos cayeron, muchos rios corrieron por otras partes diversas de las que solían. Algunos montes y collados bien crecidos se mudaron á diversos lugares con la fuerza del movimiento que los arrojaba fuera del primer sitio. Abrióronse grandes hendeduras por la tierra y por cerca de la marina, y en algunas dellas salieron nuevas fuentes y nuevos arroyos de betumes, y muchas aguas nunca vistas. Entre las cuales fué grandemente notada una boca que se hizo cerca de la parte donde los siglos pasados acontecieron los encendimientos famosos del monte Pireneo, de quien ya hablamos en el quinto capítulo deste libro, cuando con la fuerza del fuego corrieron los grandes regueros de plata y de metales en abundancia sobrada. Y como de los tales regueros haya memoria que rebolsaron muchos por encima de la tierra, y que tambien otros colaron por las venas y canales de más adentro, parece que gran

parte de la tal plata corriente se detuvo sobre cierta concavidad en una destas montañas, la cual plata despues de pasados los encendimientos, quedó congelada por lo más hondo de los collados, cubierta con alguna tierra. Mas como los terremotos del año presente fuesen, como digo, terribles y continos, abrióse con ellos una parte de las tales cumbres, y quitadas afuera, luego parecieron los montones grandísimos de plata, puesto que tan descoloridos en la haz y corteza de fuera, que quien quiera sospechára ser otro género de metal ménos precioso.

Andaban estos dias por las marinas españolas galeazas de Marsella negociando sus provechos, como suelen hacer todas las naciones que viven en puertos de mar y tratan mercaderías. Y como por aquella sazón se hallasen cerca de donde fueron estos descubrimientos de la plata, salieron allí luego, y hechos sus toques y calas en el metal, conocieron ser aquel bulto plata perfectísima, y así tomaron della muy mucha cantidad, con que tornados á su pueblo de Marsella, comenzaron á cambiarla con las otras gentes sus vecinas, por otras mercancías de gran interese, con que principiaron sus acrecentamientos y los llevaron tan adelante, que llegaron á ser muy estimados en aquella provincia y en otras muchas, y donde quiera que se hallaban.

Y no lo hicieron una sola vez, sino muchas otras que despues tornaron acá sacando continuamente sobrada cantidad de la plata ya dicha, porque la mina fué tal y tan grande que bastó para gastar della muchos dias. Esto parece que debió suceder contra la punta de Creus ó de Cruces sobre nuestro mar Mediterráneo, donde fenecen los montes Pireneos, en que todas las más historias dicen haber sido los encendimientos antiguos. Pudo tambien suceder contra las montañas de Denia ó de Muxacra, que muchos cosmógrafos y cronistas llaman Pireneos, y sabemos cierto ser muy venenosos de metales. Porque metidos en las tierras más adelante sobre la vuelta del Andalucía no pensamos que tal aconteciese, pues los cartagineses andaban tan diligentes allí, que nadie pudiera venir ni llevar en su despacho cosa de la tal provincia, mayormente siendo lo principal de sus propósitos recoger todas las riquezas semejantes que pudiesen acá, para las enviar á su república de Cartago. Tambien quieren algunos autores sentir el encendimiento famoso de los montes ya dichos, haber sido pocos años ántes que la plata de los marsellanos fuese descubierta con aquellos terremotos; pero las crónicas de España que dello hablan, dado que son pocas, muchos tiempos ántes lo ponen,